

La guerra de Candía (1645-1669): ¿*Causa común* en una Europa dividida?*

The War of Candia (1645-1669): common cause in a divided Europe?

David Quiles Albero
IULCE-Universidad Autónoma de Madrid

Resumen: En este trabajo pretendemos incidir en las circunstancias que llevaron a la poca colaboración de las potencias europeas para con la República de Venecia en su enfrentamiento con el Imperio Otomano por la isla de Creta. Un conflicto iniciado por Ibrahim I en las postrimerías de la Guerra de los Treinta Años aprovechando, precisamente, la desunión existente entre los príncipes cristianos. Atrás quedaban los tiempos en que, de forma coordinada, se había combatido al turco en Lepanto. La gran guerra europea supuso un punto de inflexión y el inicio de un nuevo ordenamiento en el continente por el que Francia arrebataría la hegemonía a la Monarquía Hispánica.

Este y otros argumentos, como la firma de tratados de paz con el Gran Turco o la incapacidad de la Santa Sede para seguir liderando el bando católico, deben ser tenidos en cuenta para entender la aparente extinción del espíritu de cruzada y la poca atención prestada a la guerra turco-veneciana. El conflicto se saldaría con la pérdida de un enclave vital en el corazón del Mediterráneo que, en la práctica, dejaba al turco las puertas abiertas para continuar su avance hacia la Europa occidental.

Palabras clave: Guerra de Candía, Venecia, Imperio Otomano, Guerra de los Treinta Años, causa común.

Abstract: At this short essay, we will focus on the circumstances that led to a lack of cooperation of the European monarchies with the Republic of Venice on its bloody confrontation with the Ottoman Empire over the island of Crete. A war initiated by Ibrahim I in the aftermath of the Thirty Years War, taking advantage of the disunity between the Christian powers. The days when the Ottomans had been combated in Lepanto seemed to be gone. The big war was a turning point and the beginning of a new order in Europe, by which France would snatch the hegemony to the Hispanic Monarchy.

This and other arguments, such as the peace treaties with the Sultan or the inability of the Holy See to maintain the leadership of the Catholic side, must be taken into account to understand the ostensible extinction of the spirit of crusade and the lack of attention paid to the Turkish-Venetian conflict. As a result, one of the vital enclaves of the Mediterranean sea was lost, leaving an open door to the Ottomans to continue their advance towards Western Europe.

Key words: War of Candia, Venice, Ottoman Empire, Thirty Years War, common cause.

* Artículo recibido el 7 de agosto de 2018. Aceptado el 6 de abril de 2019.

La guerra de Candía (1645-1669): ¿*Causa común* en una Europa dividida?¹

Introducción

Cuando el 28 de septiembre de 1644 seis galeras maltesas tomaron preso un rico galeón turco rumbo a la Meca, nada hacía presagiar las consecuencias que esta acción iba a tener para la República de Venecia. En dicha embarcación viajaba una de las personas más allegadas al sultán Ibrahim I, el jefe de los eunucos negros y gobernador del harén, Sunbullú². Este falleció durante el enfrentamiento, siendo uno de los motivos primordiales que debemos tener en cuenta para entender la ira que esta afrenta despertó en el Gran Turco.

Tras este hito, los caballeros de San Juan se dirigieron a Kalismene, al sur de Creta, donde pretendían tomar provisiones. Esta noticia no tardó en llegar a Constantinopla, por lo que el Sultán ordenó poner a punto una enorme flota en el Bósforo – integrada por 400 naves y unos 50.000 soldados – que, aunque inicialmente se hizo creer que partía rumbo a Malta, llegó a la Canea el 25 de junio de 1645³.

Ciertamente, los venecianos no habían tenido nada que ver en el asalto. No obstante, Husein Efendi, preceptor de Ibrahim, deseaba llevar a cabo una empresa de conquista en remembranza de los grandes sultanes del pasado. Consecuentemente, la gesta protagonizada por los caballeros malteses dio la excusa perfecta para atacar el reino de Candía⁴. Además, la captura de la nave en que viajaba Sunbullú revelaba la necesidad de tomar la isla para mantener la seguridad en el Mediterráneo oriental, convertirlo en un “lago turco” y poder asegurar la travesía hacia la Meca⁵.

Venecia, que siempre había tratado de asegurar la concordia con la Sublime Puerta, era consciente desde hacía tiempo de que el corso y la Orden de San Juan podían acabar con una paz que duraba más de sesenta años⁶. Incluso cuando finalmente estalló

¹ Este artículo ha sido posible gracias a la concesión de un contrato FPI-MINECO que se engloba dentro las Ayudas para contratos predoctorales para la formación de doctores contemplada en el Subprograma Estatal de Formación, del Programa Estatal de Promoción del Talento y su Empleabilidad, en el marco del Plan Estatal de Investigación Científica e Innovación, 2013-2016, financiado con recursos procedentes del Fondo Social Europeo (FSE).

² El viaje a la Meca era ciertamente una excusa para huir de Constantinopla. Sunbullú había comprado una esclava que dio a luz al mismo tiempo que la sultana favorita y, ante su cercanía a Ibrahim I, logró introducirla como ama de leche del príncipe. Esta logró ganarse también el favor del Sultán, quien incluso daba mayores muestras de aprecio a su hijo que al heredero al trono. Un día, enfurecida por los celos, la Sultana llevó al príncipe ante su esposo y le dijo “aquí tienes el único que tiene derecho a tu amor”. El Sultán, fuera de sí, cogió a su hijo y lo arrojó a una cisterna, de donde lo sacaron con una cicatriz en la frente. Tras este suceso, para escapar de la venganza de la Sultana, Sunbullú emprendió con su esclava y su hijo el viaje a la Meca. León GALIBERT, *Historia de la República de Venecia*, Madrid, Librería Española, 1857, p. 431.

³ John J. NORWICH, *Historia de Venecia*, Granada, Almed, 2009, pp. 678-679.

⁴ Miguel Ángel de BUNES IBARRA, *El imperio otomano (1451-1807)*, Madrid, Síntesis, 2015, pp. 173-174.

⁵ Andrew C. HESS, *The forgotten frontier. A History of the Sixteenth-Century Ibero-African Frontier*, Chicago, University of Chicago, 1978, pp. 207-211.

⁶ Gregory HANLON, *Early Modern Italy, 1550-1800*, Londres, McMillan Press, 2000, p. 259.

la guerra, la República actuó con cautela a la hora de confrontar a los mercaderes turcos, acordándose de la vasta comunidad veneciana en oriente⁷.

En el presente artículo no pretendemos hacer una relación de la Guerra de Candía, asunto en el que ya se han detenido previamente notables investigadores⁸. Nuestra intención será realizar un estudio del marco europeo a mediados del seiscientos para tratar de dar respuesta a por qué la Serenísima fue prácticamente abandonada a su suerte en una causa que, si bien presentaba muchas similitudes con la lucha por la isla de Chipre en la centuria anterior, no recibió la misma atención de las grandes potencias europeas.

La isla de Creta: «antemural» de la cristiandad

La Serenísima República de Venecia siempre había jugado el papel de intermediario entre los «dos mediterráneos»: el occidente cristiano y el oriente musulmán. En consecuencia, acabó convirtiéndose en un territorio de encuentro de emisarios y espías venidos de todas partes, cuya presa era únicamente la información relativa al “otro lado”⁹.

El reino de Candía fue durante el siglo XVII el punto más representativo de este rol que jugaron los venecianos. Esta isla, incorporada a sus dominios en 1204 durante la Cuarta Cruzada, rápidamente se convirtió en una escala fundamental para los comerciantes que viajaban hacia oriente¹⁰. Por esta razón, era la posesión más preciada de la República en su llamado *Stato da mar*, especialmente tras la pérdida de Chipre¹¹.

Precisamente, tras Lepanto, la lucha contra el infiel fue entrando en un progresivo estado de letargo. Los turcos firmaron sucesivas paces con algunos de los grandes monarcas cristianos y, de este modo, la frontera marítima se estabilizaría a partir de entonces de forma secular¹². Más aun, frente a lo que han defendido diversos

⁷ Paolo PRETO, “Venezia e la difesa dai Turchi nel Seicento”, en *Römische historische mitteilungen*, 26, 1984, pp. 293-294.

⁸ Posiblemente la obra más antigua, en la que se han basado muchos autores, es la del senador veneciano Andrea VALIERO, *Historia della Guerra di Candia*, Venice, Baglioni, 1679. No obstante, junto a otros escritos más generalistas relativos a la historia de Venecia, ha habido una gran producción posterior de la que podemos destacar las obras de Norman D. MASON, *The War of Candia, 1645-1669* (tesis doctoral), Louisiana State University, 1972; Kenneth M. SETTON, *Venice, Austria and the Turks in the Seventeenth century*, Philadelphia, The American Philosophical Society, 1991; Paolo PRETO, *Venezia e i turchi*, Roma, Viella, 2013; o Bruno MUGANI & Alberto SECCO, *La guerra di Candia, 1645-69*, vol. I, Zanica, Soldiershop, 2011.

⁹ Filippo de VIVO, *Information and communication in Venice. Rethinking Early Modern politics*, Nueva York, Oxford University Press, 2007, pp. 70-71.

¹⁰ Frederic C. LANE, *Venice, a maritime republic*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1973, pp. 36-41.

¹¹ La isla de Chipre, que había pertenecido a los venecianos desde 1489, fue conquistada por los otomanos entre junio y septiembre de 1570. Ni la creación de la Santa Liga en 1571 ni el triunfo en Lepanto el 7 de octubre de ese mismo año consiguieron devolverla a manos venecianas. Consultar al respecto Manuel RIVERO RODRÍGUEZ, *La batalla de Lepanto, Cruzada, guerra santa e identidad confesional*, Madrid, Sílex, 2008.

¹² Luis RIBOT, “Toscana y la política española en la Edad Moderna”, en María Rosario PORRES MARIJUÁN e Iñaki REGUERA ACEDO (coords.), *La proyección de la Monarquía Hispánica en Europa. Política, Guerra y Diplomacia entre los siglos XVI y XVII*, Vitoria, Universidad del País Vasco, 2009, p. 19.

historiadores, este acercamiento no tuvo lugar por una cuestión de debilidad. Por ello, los postulados braudelianos, basados en la defensa a ultranza de la decadencia otomana tras la muerte de Solimán el Magnífico en 1566, deben ser matizados¹³. Estudios recientes – como los de Daniel Goffman o Phillip Williams – cuestionan el retroceso turco, ya que durante el siglo XVII siguió constituyendo un peligro latente para el mundo cristiano¹⁴. En consecuencia, frente a los planteamientos de la historiografía clásica, tras 1571 su alejamiento del Mediterráneo debe ser entendido como una priorización del frente oriental safávida, y no como un periodo de decadencia o de falta de adaptación otomana a las nuevas formas de guerra del seiscientos¹⁵.

Sin lugar a duda, la Guerra de Candía (1645-1669) fue una manifestación indiscutible de que el Imperio Otomano seguía siendo una potencia viva y decidida a continuar en su avance hacia Europa. Como se demostraría también en décadas posteriores durante el sitio de Viena (1683) o la Guerra de Morea (1684-1699).

Los venecianos eran conscientes de ello y, en consecuencia, desde los albores del conflicto trataron de convertir su lucha en una “causa común”. Dicho en otras palabras, vieron que la única forma de vencer a tan potente enemigo era lograr un frente unido de todos los reinos cristianos contra su enemigo natural, en remembranza de la Liga Santa en tiempos de Lepanto, con el objetivo primordial de conservar lo que en las fuentes de la época se denomina el “antemural de la Cristiandad”. Al fin y al cabo, el reino de Candía bien podría simbolizar la llave del Mediterráneo occidental para el turco, puesto que sus puertos supondrían una escala fundamental para sus naves.

Más aun, desde la centuria anterior, la lucha contra el turco fue tomando distancia del concepto medieval de cruzada¹⁶. Hay una redefinición en lo referente a la organización de estas misiones y de los objetivos militares que se debían asumir a la hora de levantarse en armas contra el Imperio Otomano. La guerra contra el infiel se aleja de la recuperación de Tierra Santa y, de este modo, se convierte en un asunto de estado en el que las motivaciones religiosas, aunque se siguen evocando de palabra, dejan de ser prioritarias¹⁷. Francisco I de Francia fue el más adelantado en cuanto al seguimiento de esta dinámica, pactando incluso con Solimán el Magnífico frente a su común enemistad con los Habsburgo, y quedándose fuera del frente católico que combatió en Lepanto.

¹³ Estos postulados los expone Braudel en los capítulos II y III de su magna obra. Defiende la decadencia otomana apoyándose en la debilidad del nuevo sultán, Selim II, sin ir más allá. Fernand BRAUDEL, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Tomo II, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, pp. 516-517.

¹⁴ Daniel GOFFMAN, *The Ottoman Empire and Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007 o también Phillip WILLIAMS, “The sound and the fury: Christian perspectives and Otoman Naval Organization, 1590-1620”, en Rosella Cancila, *Mediterraneo in armi (secc. XV-XVIII)*, vol. II, Palermo, Quaderni Mediterranea, 2007, pp. 557-592.

¹⁵ Rohads MURPHEY, *Ottoman Warfare, 1500-1700*, Londres, University College London, 1999, pp. 3-6; Miguel A. de BUNES IBARRA, *El Imperio Otomano* [...], op. cit., pp. 161-164.

¹⁶ J. Santiago PALACIOS ONTALVA, “Cruzada y cruzadas. Un fenómeno medieval proyectado hacia el futuro”, en Pedro GARCÍA MARTÍN, Roberto QUIRÓS ROSADO, Cristina BRAVO LOZANO (eds.), *Antemurales de la Fe. Conflictividad confesional en la Monarquía de los Habsburgo, 1516-1714*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2015, pp. 19-36.

¹⁷ Géraud POUMARÈDE, *Il Mediterraneo oltre le crociate. La guerra turca nel Cinquecento e nel Seicento tra leggende e realtà*, Torino, UTET, 2011, pp. 146-147, 151-152.

En este nuevo marco europeo, la Guerra de Candía supuso un mazazo para los venecianos desde el punto de vista económico. Así mismo, junto a la pérdida de sus privilegios comerciales, la República perdió su importante papel de interlocutor principal entre Constantinopla y la Europa cristiana. Las cortes de París y Viena fueron asumiendo progresivamente este papel en un continente en el que, además, el desplazamiento del eje económico europeo del Mediterráneo al Atlántico suponía un nuevo revés para los intereses de la Serenísima¹⁸.

Sin embargo, conservar el reino de Candía no era solo vital para los intereses comerciales de la Serenísima. Creta concedía así mismo el estatus regio a la República. Por tanto, tal y como señala Guido Benzoni, “senza Candia, l’unico regno rimasto, la Serenissima no può andar dicendo che la sua esenza, la sua anima, restano igualmente regie”¹⁹. Por consiguiente, la reivindicación veneciana de lucha contra el turco radicaba exclusivamente en sus propios intereses: *realpolitik*²⁰. Sus actuaciones en cada momento eran una respuesta al ataque militar otomano, más allá de las connotaciones religiosas que este pudiese tener. Por ello, en ningún momento cerró la puerta a abandonar las acciones militares, con vistas a cerrar el conflicto a través de la vía diplomática²¹.

Una Europa dividida: el escenario perfecto para tomar el reino de Candía (1645-1669)

En Constantinopla no había dudas de que el marco europeo no podía ser más favorable a sus intereses. Se esperaba que, teniendo a los grandes monarcas abrumados en sus propias guerras, tomar Candía sería una meta fácil, que podría alcanzarse en apenas un par de campañas²². Ciertamente, la gran mayoría de la isla fue tomada durante los dos primeros años de la guerra. No obstante, los turcos no podían imaginar que el asedio de la capital se prolongaría durante veintiún años – el más largo de la historia – ante la gran preparación de los venecianos a nivel militar y económico²³.

¹⁸ Maria Pia PEDANI, *In nome del Gran Signore, Inviati Ottomani a Venezia dalla caduta di Costantinopoli alla Guerra di Candia*, Venecia, Deputazione, 1994, p. 198.

¹⁹ Guido BENZONI, “Morire per Creta”, en Gherardo ORALLI, *Venezia e Creta, Atti del Convegno Internazionale di Studi* (Iraklion-Chanià, 30 settembre-5 ottobre 1997), Venecia, Istituto Veneto di Scienze, Lettere ed Arti, 1998, p. 160.

²⁰ Al hablar de la *realpolitik*, Rivero destaca la consolidación de un equilibrio europeo inestable, en el que se quebraron las alianzas tradicionales. Las alianzas y enfrentamientos entre los diferentes príncipes europeos fueron virando conforme a unas formas de hacer política basadas en la razón de estado. Por este motivo, “las circunstancias del momento hacían que sucesivamente se produjesen realineamientos, cambiando la posición de cada príncipe en muy cortos espacios de tiempo y manteniendo amistades incompatibles y políticas aparentemente contradictorias cuya única forma de dotarlas de credibilidad era precisamente dejándolas a medias, sin mostrar mucho empeño, como si hubieran surgido por accidente”. Manuel RIVERO RODRÍGUEZ, *Diplomacia y relaciones exteriores en la Edad Moderna. De la cristiandad al sistema europeo, 1453-1794*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, p. 79.

²¹ Paolo PRETO, *Venezia e i Turchi*, Florencia, G.C. Sansoni, 1997, pp. 28.29.

²² La estrategia de guerra turca siempre se basaba en una rápida y violenta ofensiva conducida con el mayor número de fuerzas posibles. Los otomanos siempre habían de mantener la iniciativa, dependiendo el éxito de la capacidad de Constantinopla de suministrar contingentes más o menos numerosos. Bruno MUGANI & Alberto SECCO, *La guerra di Candia* [...], op. cit., pp. 9-10.

²³ Los venecianos, pese a no contar con un apoyo significativo por parte de las potencias católicas, plantaron una notable resistencia a los otomanos. Así, pese a consumir gran parte de sus recursos, la Guerra de Candía supuso una demostración clara del potencial militar de la República, y de que su

Así mismo, los venecianos sabían que la única forma de resistir era conseguir el apoyo de las grandes monarquías europeas. Pero, desde finales del siglo XVI, la lucha contra el turco chocó con una realidad cambiante. El auge del protestantismo y las guerras de religión pusieron la reivindicación de la cruzada en un segundo plano ante la división de Europa y la consecuente pérdida de influencia del Papado en un mundo menos católico. Así mismo, el constante enfrentamiento entre los Habsburgo y los Borbones tampoco hacía presagiar que estas grandes potencias fuesen a abandonar sus propias operaciones para acudir en defensa de la República de San Marcos.

No obstante, esta dejadez contra el turco no se debió exclusivamente a los enfrentamientos militares. En el siglo XVII no se descarta la posibilidad de una coexistencia pacífica con el Imperio Otomano. Los propios venecianos eran el ejemplo más representativo de que esta era posible. Por ello, y por la prudencia ante un enemigo tan poderoso, en esta centuria el antagonismo religioso pasa a un segundo plano ante lo que Poumarède ha definido como la “banalización” de la lucha contra el infiel²⁴.

Incluso es posible que algunas potencias europeas vieran con buenos ojos el ataque del turco, con vistas a debilitar a una poderosa Venecia. Sea o no esto cierto, la República hubo de hacer frente a tan poderoso adversario prácticamente sola²⁵. El gasto relativo a la Guerra de Candía ha sido calculado en unos 25 millones de ducados para las arcas venecianas²⁶. Su situación llegó a ser tan desesperada que el Gran Consejo tuvo que tomar una decisión histórica: abrir las puertas de la nobleza a todo aquel que pudiera costearse el acceso. Algo impensable hasta la fecha que evidentemente contó con la oposición de la gran mayoría del patriciado, ya que de esta forma estos postores podrían acceder a las principales instituciones de gobierno, hasta el momento celosamente limitadas a los linajes más antiguos²⁷.

El fin de la Guerra de los Treinta Años (1645-1648)

La Guerra de los Treinta Años (1618-1648) ha sido sin lugar a dudas uno de los temas de estudio que más ha despertado la atención de los historiadores de la Edad Moderna²⁸. En verdad, lo que se presentaba como un conflicto religioso acabó convirtiéndose en un problema enormemente complejo que iba más allá del Sacro Imperio Romano Germánico. Al mismo tiempo, Francia urdía un exhaustivo plan para

armada estaba al nivel de la del Gran Turco. Roberto VACCHER, “La guerra di Candia: un confronto di mezzi e risorse”, en *Acta Histriae*, 24, 2016, pp. 573-596.

²⁴ Géraud POUMARÈDE, *Pour en finir avec la Croisade. Mythes et réalités de la lutte contre les Turcs aux XVI^e et XVII^e siècles*, Paris, Presses Universitaires de France, 2004, pp. 620-627.

²⁵ Ciertamente es que el Papado y la Orden de San Juan enviaron durante varias campañas sus galeras al Levante y, en menor medida, también lo hicieron el monarca hispano y su homólogo francés. Sin embargo, la ayuda prestada quedó muy lejos de la suministrada para combatir al turco en los años setenta de la centuria anterior, especialmente por parte de la Monarquía Católica.

²⁶ Bruno MUGANI & Alberto SECCO, *La guerra di Candia* [...], op. cit., pp. 19-20.

²⁷ Charles DIEHL, *La république de Venise*, Paris, Flammarion, 1967, pp. 245-246.

²⁸ Podríamos citar cientos de obras relativas a la Guerra de los Treinta Años, sus diferentes fases y batallas o la Paz de Westfalia. No obstante, acotaremos este apunte bibliográfico a las obras generalistas más destacadas como pueden ser las de Josef V. POLISENSKY, *The Thirty Years War*, Berkeley, University of California Press, 1971; Geoffrey PARKER, *La Guerra de los Treinta Años*, Barcelona, Crítica, 1988; Georges LIVET, *La Guerra de los Treinta Años*, Barcelona, Davinci Continental, 2008; Peter H. WILSON, *Europe's tragedy. A history of the Thirty Years War*, Londres, Penguin, 2009; o, más recientemente, Fernando NEGREDO DEL CERRO, *La Guerra de los Treinta Años. Una visión desde la Monarquía Hispánica*, Madrid, Síntesis, 2018; Cristina BORREGUERO BELTRÁN, *La Guerra de los Treinta Años, 1618-1648: Europa ante el abismo*, Madrid, La esfera de los libros, 2018.

restaurar el equilibrio en Europa, al que habían puesto fin las victorias de la Casa de Austria en tiempos de Carlos V. Pero esta interpretación habitual peca de cierto simplismo, puesto que olvida otras causas que cabe tener en cuenta como la consolidación de unas formas de hacer política basadas en la ya mencionada *realpolitik* o, desde el punto de vista militar, la lucha por el control comercial del Báltico entre Suecia, Dinamarca y el Imperio.

Cabe ir más allá de la tradicional concepción de la ofensiva de católicos contra protestantes que se va complicando y deriva en una guerra por la hegemonía europea hasta 1659. No se puede seguir reproduciendo una imagen del conflicto que no tenga en cuenta toda su multilateralidad, siendo necesario romper con los esquemas monolíticos de grupos compactos de poder en virtud de su religión. No hay una política intransigente, como atestigua perfectamente el caso de Francia en los siglos XVI y XVII. Nuevamente, al igual que con los musulmanes desde tiempos de Solimán el Magnífico, Luis XIII no dudó en negociar con el bando protestante para lograr sus metas políticas que, en muchas ocasiones, estaban mucho más cerca que las de aquellos con quien compartía credo religioso²⁹.

En lo tocante a la Republica de San Marcos, esta no participó en la gran guerra. Al patriciado véneto no le interesaban ni las luchas de religión ni las pugnas por la hegemonía europea entre los Borbones y los Habsburgo. Ciertamente es que, desde finales del siglo XVI, ante la peligrosa presencia española en Italia, los venecianos se habían ido aproximando progresivamente a Francia, cuya sintonía quedó de manifiesto en conflictos como la crisis por el control de la Valtelina (1626) o la Guerra de Sucesión en Mantua (1628-1631).

Thiriet ha sido el más preciso a la hora de definir la postura de Venecia durante la Guerra de los Treinta Años como de *neutralité vigilante*, con vistas a salvaguardar sus intereses. Por esta razón, su intervención en las negociaciones de paz, que paralelamente tuvieron lugar en Münster y Osnabrück, tuvo como único objetivo lograr asistencias contra el turco en el Mediterráneo oriental³⁰. Alvise Contarini, enviado veneciano a Münster, tuvo como labor primordial “lo stablimento della pace universale è quello a che, con tutta premura, si deve attendere il maggior vantaggio della christianità in generale et il servizio et interesse nostro particolare”³¹.

Pero el esfuerzo diplomático veneciano no se limitó a la intervención de Contarini. Al resto de representantes en las diferentes cortes europeas también se les encargó la difícil misión de mediar para que finalizase la guerra. La paz universal se convirtió así en el horizonte de la diplomacia veneciana y, en consecuencia, en la principal tarea de Giovanni Battista Nani en París, Girolamo y Giovanni Giustiniani en Madrid y Viena, respectivamente, y de Angelo Contarini, que fue enviado como embajador extraordinario a Roma. No se olvidaron tampoco del resto de cortes, enviándose a Vincentino Generini a Estocolmo o a Giovanni Tiepolo a Varsovia. Así mismo, se pidió también ayuda en aquellos lugares en los que no se tenía representación

²⁹ Acerca de la supresión del elemento confesional como articulador de la política europea y sobre la consolidación de la hegemonía francesa tras Westfalia cabe consultar Fernando NEGREDO DEL CERRO, *La Guerra de los Treinta Años* [...], op. cit., pp. 331-342.

³⁰ Freddy THIRIET, *Histoire de Venise*, París, Presses Universitaires de France, 1952, p. 112.

³¹ Biblioteca Nazionale Marciana [BNM], Cod. It. VII, 1105, fol. 344 v., carta del Senado a Alvise Contarini del 21 de febrero de 1647.

oficial, como por ejemplo ante el sah de Persia³². Y es que, como mencionábamos anteriormente, nos encontramos en un tiempo cambiante en el que la religión ya no era impedimento para establecer alianzas que, como en el caso del Imperio safávida, no eran nada descabelladas ante la común enemistad con el Gran Turco. En definitiva, cualquier ataque al Imperio Otomano, viniese de donde viniese, iba a ser bien visto y apoyado por el Senado véneto.

Sin embargo, el alcance de sus políticas fue más bien escaso. Ciertamente es que Felipe IV acudió prontamente al llamamiento del Sumo Pontífice para socorrer a los venecianos con 2000 hombres y 5 galeras napolitanas para la campaña de 1645³³. Sin embargo, tras estos primeros auxilios, la República de San Marcos únicamente parecía poder contar con las galeras del Papado y de la Orden de San Juan, los únicos que tenían libres sus armas para combatir en el Mediterráneo³⁴.

El doble acuerdo alcanzado en Münster y Osnabrück el 24 de octubre de 1648 puso fin a la Guerra de los Treinta Años, que había sido un punto de inflexión que condicionaría enormemente el ordenamiento europeo posterior. Paralelamente, el 30 de enero de ese mismo año se había firmado el tratado por el que la Monarquía Hispánica reconocía finalmente la independencia de las Provincias Unidas³⁵. No obstante, para desgracia de los venecianos, todavía quedaban muchos conflictos por resolver que, en la práctica, condicionaron la soledad con la que la República hubo de hacer frente a la lucha por conservar el reino de Candía.

La Guerra hispano-francesa (1635-1659)

El primero, y tal vez más importante de estos frentes abiertos, era el que mantenían el monarca galo y su homólogo hispano. Como señalábamos, Venecia hizo gala durante el conflicto de una neutralidad que, indudablemente, debió disgustar enormemente a su gran aliado, el Rey Cristianísimo. Del mismo modo, la Guerra de Candía obligó al Senado a modificar su política respecto a la Monarquía Hispánica, cuyos intereses orientales eran mucho más similares a los de la República³⁶.

El apoyo español a Venecia parecía lógico si tenemos en cuenta que, tal y como no se cansarían de repetir los embajadores venecianos en Madrid, los próximos puntos

³² Géraud POUMARÈDE, “La question d’Orient au temps de Westphalie”, en Lucien Bély (dir.), *L’Europe des traités de Westphalie. Esprit de la diplomatie et diplomatie de l’esprit*, París, Presses Universitaires de France, 2000, pp. 370, 383.

³³ Archivio di Stato di Venezia [ASVe], Senato, Dispacci, Napoli, filza 63, fols. 468-469, 478, cartas del residente de la República de Venecia en Nápoles, Pietro Dolce, al Senado del 8, 15 y 29 de agosto de 1645, respectivamente.

³⁴ Este tema lo abordo con mayor profundidad en David QUILES ALBERO, “Las relaciones hispano-venecianas en el contexto de la Guerra de Candía (1645-1669)”, en *Chronica Nova*, 44, 2018, pp. 381-406.

³⁵ Negredo realiza una visión muy interesante acerca del acuerdo firmado entre la Monarquía Hispánica y las Provincias Unidas. El tratado fue un éxito de la diplomacia española – encabezada por el conde de Peñaranda y el borgoñón Antonio Brun – por el cual se lograba una paz fundamental para poder continuar la guerra con Francia. El objetivo era así ir “cerrando frentes” e ir concentrando las tropas. Además, con este acuerdo no se cedía nada que no estuviese ya perdido, sino que únicamente se reconocía la innegable independencia de las Provincias Unidas. Fernando NEGREDO DEL CERRO, *La Guerra de los Treinta Años [...]*, op. cit., pp. 328-329. Consultar también al respecto René VERMEIR, *En estado de guerra. Felipe IV y Flandes 1629-1648*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2006, pp. 321-341.

³⁶ Stefano ANDRETTA, *L’arte de la prudenza: teorie e prassi della diplomacia nell’Italia del 16 e 17 secolo*, Roma, Bink, 2006, pp. 173-174.

hacia Occidente eran las costas de Apulia, Calabria y las islas de Malta y Sicilia³⁷. Por ello, Felipe IV siempre atisbó como un interés primordial evitar que se entregase la isla de Creta al turco “por lo que para todo importa alejar de Italia la vecindad de este enemigo”³⁸.

Ciertamente, tras Westfalia, el Rey Católico se mostró dispuesto a contribuir con la causa veneciana. Pero, a la hora de materializar estas ayudas, se demostró que Felipe IV era esclavo de una política dinástica que no le permitía hacer frente a otras empresas que no fuesen las propias³⁹. Esta obligación constituía una especie de “trampa mortal” de la que no era posible escapar. El Rey Católico se veía obligado a priorizar la defensa de sus territorios, puesto que no dar respuesta a los ataques sufridos pondría gravemente en riesgo la seguridad de sus reinos y, al mismo tiempo, su reputación⁴⁰.

Claramente, esta dependencia se vio a comienzos de 1649, cuando el monarca dio la orden de asistir a la República con la escuadra del general Geronimo Massibradi. Tras la resolución regia, se mandó a don Juan José de Austria disponer las galeras desde Palermo, quien no vio con buenos ojos la ayuda que prometía su padre ante las posibles necesidades que podían derivar del enfrentamiento con Francia⁴¹. A ello, cabía sumar el resto de frentes abiertos en los propios territorios de la Monarquía Hispana: los movimientos secesionistas surgidos en Cataluña y Portugal, que contaron con la colaboración del monarca galo, y los movimientos de protesta en Andalucía, Aragón, Sicilia y Nápoles.

Los propios venecianos eran concedores del poco éxito que iban a tener sus instancias. Su embajador en Madrid, Girolamo Giustinian, lo tenía claro al afirmar que era “impossibile cavar da Spagna nella constitutione presente cosa di sostanza. Tali uffiti vengono drizzati piu alla formalita che all’effetto”⁴². Tal vez por ello, no dudaron en continuar sus siempre buenas relaciones con la corte parisina, cuya influencia en Constantinopla podía ser también de gran ayuda para solventar el conflicto.

Francia, que partía con la ventaja de poder jugar un papel mediador entre venecianos y otomanos, no dudó en aconsejar a través de su embajador en la corte otomana, La Varenne, que lo mejor que podía hacer la República de San Marcos era lograr la paz, cediendo el reino de Candía si era necesario⁴³. Es incluso probable que los

³⁷ ASVe, Senado, Dispacci, Spagna, filza 80, fol. 100, carta del embajador veneciano en Madrid, Girolamo Giustinian, del 23 de diciembre de 1645.

³⁸ Archivo General de Simancas [AGS], Estado, Venecia, leg. 3545, fol. 72, resolución del rey incluida en una consulta del consejo de Estado del 22 de abril de 1646.

³⁹ Juan BATISTA GONZÁLEZ, *España estratégica. Guerra y diplomacia en la historia de España*, Madrid, Sílex, 2007, pp. 299-300.

⁴⁰ Manuel RIVERO RODRÍGUEZ, *La monarquía de los Austrias. Historia del Imperio español*, Madrid, Alianza Editorial, 2017, pp. 239-240.

⁴¹ AGS, Estado, Venecia, leg. 3548. fol. 12, consulta del 9 de febrero de 1649; fol. 69, consulta del 20 de marzo de 1649; y fol. 46, consulta del 30 de marzo de 1649. Así mismo, al respecto de la actuación de don Juan José de Austria como virrey de Sicilia consultar Koldo TRÁPAGA MONCHET, *La reconfiguración política de la Monarquía Católica: la actividad de don Juan José de Austria (1642-1679)* (Tesis doctoral), Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2015, pp. 292-331.

⁴² ASVe, Senado, Dispacci, Spagna, filza 81, fol. 205, carta del embajador Girolamo Giustinian del 5 de abril de 1647.

⁴³ John J. NORWICH, *Historia de Venecia* [...], op.cit., p. 684; Archives Nationales, *Correspondance consulaire des ambassadeurs de France à Constantinople, 1668-1708*, París, Centre historique des Archives Nationales, 1999, p. 13.

franceses buscasen el fin del conflicto para poder contar con el apoyo veneciano en su guerra contra los españoles en Italia. Esto se infiere de las palabras del I marqués de La Fuente, embajador hispano en Venecia, quien señalaba que el embajador francés acudió al *Collegio* a atemorizar a todos los presentes afirmando que “si se coligaban con Su Majestad Cristianísima aseguraría el sacarlos de esta suspensión en virtud de los oficios que interpondría con el Gran Visir”⁴⁴.

Evidentemente, la propuesta francesa no era del agrado de la Monarquía Hispánica. Sus intereses eran totalmente opuestos, hasta el punto de que se difundió en la ciudad lagunar el falso rumor de que Francia y el Imperio Otomano habían pactado la destrucción de la Cristiandad. Estrategia seguida con el claro objetivo de disuadir a los venecianos de escuchar las propuestas de los diplomáticos franceses, misión primordial de todos los embajadores españoles durante este periodo⁴⁵.

No obstante, a pesar de la lucha hispano-francesa por engaitar a los venecianos, los años que siguieron a la firma de la Paz de Westfalia revelaron el poco ahínco de las principales potencias europeas en colaborar con la República. Todo ello constituye una muestra inequívoca del poco calado que había tenido la que Petitjean define como “política de sensibilización” llevada a cabo por los embajadores de la República entre sus posibles aliados⁴⁶.

En el caso de la Monarquía Hispánica, no hay duda de que la religión seguía siendo la base de su justificación política⁴⁷. Aun así, esta idea del mesianismo español, basada en el papel de Felipe IV como garante de la cristiandad católica, chocaba con la ya mencionada gran cantidad de frentes abiertos, que impedían en la práctica cualquier apoyo militar efectivo⁴⁸.

Por su parte, la Monarquía Francesa, a la caza de la hegemonía europea, había perdido el interés en todo lo que se asemejaba a recordar la cruzada. Paralelamente, desde tiempos de Mazarino, la política oriental francesa fue dejándose de lado frente a otras prioridades. Pese a que jamás se llegó a romper directamente con el Gran Turco,

⁴⁴ Archivo Histórico Nacional [AHN], Estado, L. 118, fols. 40-43, carta del marqués de la Fuente al rey del 15 de marzo de 1645.

⁴⁵ AHN, Estado, leg. 3455, exp. 51, Instrucción al marqués de La Fuente para la embajada ordinaria en Venecia, firmada en Cuenca el 30 de mayo de 1642; Estado, L. 119, fols. 133-135, carta del marqués de La Fuente, embajador hispano en Venecia, al duque de Arcos del 25 de agosto de 1646.

⁴⁶ Johann PETITJEAN, *L'intelligence des choses: une histoire de l'information entre Italie et Méditerranée (XVI^e-XVII^e siècles)*, Roma, École française de Rome, 2013, p. 392.

⁴⁷ Rivero destaca que la estrategia hispana durante las primeras décadas del reinado de Felipe IV no se basó en la razón de Estado sino que, por el contrario, siguió una política providencialista basada en la defensa de la religión católica. En consecuencia, a partir de 1618 las guerras iniciadas por la Monarquía española no se emprendieron con el objetivo de conquistar nuevos territorios, sino derrotar a los enemigos de la Fe y la dinastía. Dicho en otras palabras, buscaban el logro de una Monarquía Católica o Universal en la que tenían cabida todos los reinos de la tierra bajo la coordinación de un solo soberano. Manuel RIVERO RODRÍGUEZ, *El conde-duque de Olivares. La búsqueda de la prianza perfecta*, Madrid, Polifemo, 2018, p. 293.

⁴⁸ Francisco José ARANDA PÉREZ, “Política, guerra o razón de estado militar en la España del Barroco”, en Porfirio SANZ CAMAÑES (coord.), *La Monarquía Hispánica en tiempos del Quijote*, Madrid, Sílex, 2005, pp. 404-405.

este enfriamiento continuó en tiempos de Luis XIV, cuya amistad con el Sultán incluso llegó a plantearse como perjudicial para la imagen que el Rey Sol pretendía proyectar⁴⁹.

A pesar de todas estas vicisitudes, la paz entre las dos coronas siguió manifestándose como la única forma de combatir al turco. El objetivo llegó a parecer imposible a los embajadores venecianos en Madrid y París, que no sabían cómo actuar ante una política análoga seguida desde ambas cortes que se cimentaba en culparse mutuamente del escaso éxito en el avance de las negociaciones⁵⁰.

Finalmente, se alcanzó un acuerdo. La paz de los Pirineos, firmada en la isla de los Faisanes el 7 de noviembre de 1659, puso fin a una guerra de casi veinticinco años. Pese a lo que han defendido muchos autores, las tropas hispanas habían demostrado una gran fortaleza durante todo el conflicto. Una beligerancia eclipsada en gran medida por la imposibilidad de concentrar las tropas en un único frente. Por su parte, se probó que Francia no era invencible, ya que se encontraba en una pésima situación económica que culminaría con la bancarrota de 1661. Consecuentemente, lejos de la imagen de hundimiento y atraso militar que la historiografía tradicional ha querido destacar, la Monarquía Hispánica siguió siendo una gran potencia militar durante toda la centuria⁵¹.

Justo durante las negociaciones de paz, en el mes de julio el conde de Peñaranda, virrey de Nápoles, había manifestado que sus galeras pasarían a combatir al turco tras el ajustamiento, aunque estas ayudas jamás llegaron a materializarse⁵². La guerra de Portugal seguiría consumiendo todos los recursos disponibles para desesperación de la República⁵³. Así mismo, desde la corte madrileña siempre se dio prioridad a apoyar al Emperador en un nuevo enfrentamiento contra el turco que no tardaría en estallar.

En cambio, las peticiones hechas al monarca galo sí dieron sus frutos. En abril de 1660, Luis XIV dispuso el envío de 4000 hombres y 200 caballos bajo las órdenes del príncipe Almerigo d'Este⁵⁴. No obstante, esta ayuda no fue de gran utilidad para los venecianos, puesto que los soldados franceses estaban más preocupados por obtener la gloria personal que en el éxito de la campaña⁵⁵.

De este modo, Francia se disponía a actuar por primera vez contra el Gran Turco desde 1525, año en que fue firmada la primera alianza franco-turca, afianzando el progresivo distanciamiento de Constantinopla del que hablábamos anteriormente. Solo encontraremos dos momentos más en que se posicionaría directamente contra el Imperio Otomano hasta la conquista napoleónica: la expedición húngara (1664) y la

⁴⁹ Thomas M. BARKER, *Double Eagle and Crescent. Vienna's second Turkish siege and its historical setting*, Albany, State University of New York Press, 1967, pp. 66-67, 74.

⁵⁰ ASVe, Senado, Dispacci, Spagna, filza 84, fol. 196, carta del embajador veneciano Pietro Basadonna al Senado del 6 de mayo de 1651.

⁵¹ Davide MAFFI, *En defensa del Imperio: los ejércitos de Felipe IV y la guerra por la hegemonía europea (1635-1659)*, Madrid, Actas, 2014, pp. 516-517.

⁵² ASVe, Senado, Dispacci, Napoli, filza 75, fol. 50, carta del residente veneciano en Nápoles, Francesco Bianchi, al Senado del 8 de julio de 1659.

⁵³ Rafael VALLADARES RAMÍREZ, *A independência de Portugal. Guerra e Restauração, 1640-1680*, Lisboa, A esfera do livro, 2006.

⁵⁴ Kenneth M. SETTON, *Venice, Austria and the Turks [...]*, op. cit., p. 190.

⁵⁵ John J. NORWICH: *Historia de Venecia [...]*, op. cit., p. 688.

intervención cristiana a finales de la Guerra de Candía (1667-1669)⁵⁶. Las consecuencias de esta actuación francesa contra los otomanos no tardaron en llegar. Tras conocer que el Rey Sol había autorizado el envío de voluntarios para socorrer a la República, el embajador francés en la corte otomana, Jean de la Haye, fue hecho prisionero, y hasta 1665 Francia no volvió a tener representación oficial ante la Sublime Puerta hasta 1665⁵⁷.

La Guerra austro-turca (1663-1664)

Tras el inicio de la guerra en Candía, el emperador Fernando III decidió mantenerse al margen, excusándose en el hecho de no querer perjudicar su relación con los otomanos. Precisamente, el 1 julio de 1649 ambas potencias renovaron por veinte años la Paz de Zsitvatorok⁵⁸. Así mismo, no cabe perder de vista que el problema protestante seguía siendo mucho más apremiante para el Imperio que el ataque sufrido por los venecianos, los cuales nunca habían sido vistos con buenos ojos en la corte imperial⁵⁹.

Pese a ello, mantener la paz con el turco no fue un obstáculo para iniciar una cuarta guerra austro-turca unos años más tarde. Es necesario remontarse a 1658, cuando George II Rákóczi, príncipe de Transilvania, invadió Polonia sin permiso del Sultán, al cual debía vasallaje. En consecuencia, los otomanos declararon la guerra y conquistaron Transilvania⁶⁰. El Emperador, deseoso de alejar a los otomanos de un territorio tan cercano a sus dominios, no dudó en acudir a las peticiones de socorro de su nuevo príncipe, János Kemény.

Al conocer la noticia, desde Constantinopla se dispuso a 100.000 hombres que cruzarían Hungría con dirección a Viena. Estos se enfrentarían con los 65.000 hombres que conformaron las tropas aliadas. Junto a la Santa Sede y la Monarquía Católica, Fernando III contó también con la asistencia del Rey Cristianísimo. A Luis XIV tampoco le interesaba el acercamiento del Gran Turco hacia sus dominios, por lo que este apoyo al Emperador resultaba más que conveniente⁶¹.

Más evidente parecía el apoyo del Rey Católico a la causa de sus hermanos Habsburgo. En los prolegómenos de la guerra, la Monarquía Hispánica se mostró claramente contraria a que el Emperador capitulase con los turcos, inclinándose por el enfrentamiento armado. Esto demuestra que los lazos que unían ambas ramas de la Casa de Austria seguían siendo fuertes pese al descontento despertado en Madrid tras la firma del tratado entre Fernando III y Luis XIV en Westfalia. En él, el Emperador obvió el

⁵⁶ Guido CANDIANI, "Francia, Papato e Venezia nella fase finale della guerra di Candia", en *Atti dell'Istituto Veneto di Scienze, Lettere ed Arti*, 152, 1993-94, p. 830.

⁵⁷ Archives Nationales, *Correspondance consulaire des ambassadeurs [...]*, op. cit., p. 12.

⁵⁸ Karl NEHRING, *Adam Freiherrn zu herbersteins gesandtschaftsreise nach Konstantinopel: Ein beitrage zum Frieden von Zsitvatorok (1606)*, Munich, R. Oldenbourg Verlag, 1983; Javier ARIENZA ARIENZA, *La crónica hispana de la Guerra de los Quince Años (1593-1606), según Guillén de San Clemente y de Centelles, embajador de Felipe II y Felipe III en la corte de Praga entre los años 1581 y 1608* (tesis doctoral), Szeged, Universidad de Szeged, 2009, pp. 104-106.

⁵⁹ Kenneth M. SETTON, *Venice, Austria and the Turks [...]*, op. cit., pp. 132, 157.

⁶⁰ Miguel CONDE PAZOS, *La Monarquía Católica y los confines orientales de la Cristiandad. Relaciones entre la Casa de Austria y los Vasa de Polonia* (tesis doctoral), Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2016, pp. 682-688

⁶¹ Thomas M. BARKER, *Double Eagle and Crescent [...]*, op. cit., pp. 25, 66-67. Jeremy BLACK, *La Guerra. Del Renacimiento a la Revolución, 1492-1792*, Madrid, Akal, 2003, pp. 71-72.

parecer del monarca hispano, contradiciendo la política común seguida hasta entonces desde ambas cortes⁶².

Lo mismo opinaba el patriciado véneto, que veía con muy buenos ojos que el turco se viese obligado a dividir sus huestes para hacer frente a dos conflictos simultáneos⁶³. No obstante, desde la República siempre se criticó el apoyo inmediato para con la causa imperial en Hungría y Transilvania, frente al desentendimiento de las grandes monarquías católicas en todo lo relativo a la defensa de Candía⁶⁴.

El conflicto finalizaría con la derrota de los otomanos en la batalla de San Gotardo el 1 de agosto de 1664⁶⁵. Tras la firma de la Paz de Vasvár el 10 de agosto de 1664, en la que tampoco se contó con el parecer de Felipe IV, el Emperador no quiso saber nada de enfrentamientos con el turco. En Venecia, esta fue recibida como una malísima noticia, ante la más que probable concentración de las armas del Sultán en tomar la ciudad de Candía de una vez por todas⁶⁶.

Asimismo, cabe hacer una lectura más profunda de cara a entender el amplio apoyo que había recibido Fernando III, frente al casi total abandono de la defensa del reino de Candía. La razón fundamental para comprender esta dejadez de la frontera mediterránea radica, ante todo, en la prioridad de defender la frontera terrestre y evitar el avance de los otomanos. En consecuencia, este enfrentamiento austro-turco que acabamos de examinar, así como el sitio de Viena en 1683, recibiría mucha mayor atención que la empresa veneciana por conservar la pieza más preciada de su *Stato da Mar*.

La Santa Sede y los intentos por lograr una Liga Santa

A lo largo del seiscientos, los sucesores de San Pedro tuvieron por tarea capital recuperar el papel que Roma había jugado como árbitro entre las dos grandes potencias católicas⁶⁷. La paz de Westfalia marcó el fin de la intervención de la Iglesia en los asuntos terrenales, siendo representado el Pontífice desde entonces en los tratados de paz por un nuncio y no por un legado *ad látere*⁶⁸. Paralelamente, la curia romana había comprendido que la Iglesia debía librarse de la influencia de las dos grandes monarquías europeas, que habían ido estableciendo amplias redes clientelares en Roma. Esta era la

⁶² Kenneth M. SETTON, *Venice, Austria and the Turks* [...], op. cit., p. 91.

⁶³ ASVe, Senato, Dispacci, Spagna, filza 95, fol. 160, carta del embajador Giorgio Cornaro al Senado del 6 de septiembre de 1662 y nº 167, carta del mismo al Senado del 27 de septiembre.

⁶⁴ Biblioteca Nazionale Marciana [BNM], Cod. IT. VII, L. 1247, fols. 78-80, carta del embajador veneciano, Giorgio Corner, del 1 de marzo de 1662.

⁶⁵ Ekkehard EICKHOFF, *Venezia, Vienna e i Turchi, Bufera nel sud-est europeo, 1645-1700*, Milán, Risconi, 1991, pp. 218-233.

⁶⁶ ASVe, Senato, Dispacci, Spagna, filza 100, fol. 74, carta de Marin Zorzi, embajador veneciano en Madrid, al Senado del 5 de noviembre de 1664.

⁶⁷ José MARTÍNEZ MILLÁN, *El mito de Faetón o la imagen de decadencia de la Monarquía Católica*, Granada, Universidad de Granada, 2011, pp. 97-98, 119-122.

⁶⁸ Negredo destaca que ante los intentos de mediar de Inocencio X se vieron desbaratados por la parcialidad que su predecesor, Urbano VIII, había demostrado a lo largo del conflicto. Ni en el tratado hispano-neerlandés ni en el franco-imperial se cita la intervención del nuncio, mientras que en el segundo si se menciona al embajador veneciano. Fernando NEGREDO DEL CERRO, *La Guerra de los Treinta Años* [...], op. cit., p. 333.

idea del llamado escuadrón volante que, con la ayuda de otros cardenales, elevó en 1655 a Flavio Chigi – Alejandro VII – al Pontificado⁶⁹.

En lo referente a la Guerra de Candía, aunque todo variaba conforme a las prioridades de cada Papa, la Santa Sede fue, junto a los caballeros malteses, la única en mostrar cierta solidaridad con la República, especialmente en tiempos de Clemente XI⁷⁰. Más aun, los pontífices también aprovecharon su estrechez para contrarrestar la independencia que los venecianos siempre habían definido frente a Roma. Dentro de esta estrategia, Inocencio X exigió el control de los obispados venecianos y Alejandro VII hizo lo propio pidiendo la readmisión de los jesuitas⁷¹.

Del mismo modo, cabe señalar que la mediación del Papa para establecer una Liga Santa contra el turco se demostró infructuosa. Desde los inicios de la guerra, la consecución de la misma sería uno de los grandes objetivos del representante veneciano en Roma. Sin embargo, fue en la década de los sesenta cuando la Sede Apostólica prestó más apoyo para su consecución⁷².

El fin de la guerra hispano-francesa en 1659, en cuya negociación la Santa Sede no ejerció ningún papel mediador, fue sin lugar a dudas un factor determinante para entender el interés de Alejandro VII por lograr la unión contra el turco. El Papado era claramente partidario de una política exterior coordinada entre ambas superpotencias bajo su liderazgo. Sin embargo, sus monarcas perseguían unos objetivos bien distintos⁷³. Por ello, como ya comentábamos anteriormente, el catolicismo no se puede entender como un bloque estático o monolítico, error en el que han caído muchos historiadores que no han entendido la utilización que estas grandes monarquías hicieron del catolicismo en el siglo XVII.

Al Rey Católico únicamente le importaba conseguir una liga defensiva entre los príncipes de Italia que frenase las aspiraciones de Francia en la península⁷⁴. Por su parte, el monarca galo no estaba dispuesto a entrar en una confederación que explícitamente requiriera la alienación de su autonomía en favor de la obediencia plena al Santo Padre⁷⁵. Por todo ello, conforme fueron avanzando las negociaciones, se vio que los intentos por lograr una unión católica no llevaban a ninguna parte ante la imposibilidad de hacer

⁶⁹ Gianvittorio SIGNOROTTO, “The squadrone volante: independent cardinals and European politics in the second half of the seventeenth century”, en Gianvittorio SIGNOROTTO & Maria A. VISCEGLIA, *Court and politics in Papal Rome 1492-1700*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 177-211.

⁷⁰ Stefano ANDRETTA, “Venezia e Roma dalla Guerra di Candia a Clemente XI”, en Gianvittorio SIGNOROTTO & María A. VISCEGLIA, *La corte di Roma tra cinque e seicento “teatro” della politica europea*, Roma, Bulzoni, 1998, p. 419.

⁷¹ John J. NORWICH, *Historia de Venecia* [...], op.cit., p. 688.

⁷² El embajador veneciano Nicolo Sagredo en su primera audiencia ante el Santo Padre manifestó la necesidad de que este mediase para alcanzar la colaboración de los Reyes Católico y Cristianísimo. ASVe, Dispacci, Roma, filza 148, n°4, carta del embajador veneciano Angelo Correr durante su vuelta a la República, fechada el 20 de marzo de 1660.

⁷³ Esta política era defendida por la Santa Sede desde la década de los cuarenta. No obstante, desde Madrid se daba prioridad a la unión entre las dos ramas de la Casa de Austria y, desde París, se proyectaba una estrategia política totalmente alejada de la influencia romana. Manuel RIVERO RODRÍGUEZ, *El conde-duque de Olivares ...* [op. cit], pp. 152-153.

⁷⁴ AGS, Estado, Roma, leg. 3024, s.f., Instrucción para el conde de Oropesa para su embajada extraordinaria en Roma del 10 de abril de 1652: punto 13.

⁷⁵ Thomas J. DANDELET, *Spanish Rome 1500-1700*, Yale, Yale University Press, 2001, p. 209.

coincidir los intereses de las dos grandes monarquías europea y la pérdida de influencia de la Sede Apostólica a la hora de seguir liderando la lucha contra el infiel.

La unidad del bando cristiano únicamente parecía interesar al Papa y, en todo caso, a los Caballeros de San Juan. Como comentábamos anteriormente, aunque estos fueron los que motivaron el ataque turco, también fueron prácticamente los únicos en manifestar un apoyo decidido a los venecianos. Esta asistencia se entiende si tenemos en cuenta que, para los hospitalarios, la división en el bloque cristiano había alterado su concepto fundacional de choque de civilizaciones. Desde esta óptica, la Guerra de Candía se presentaba como un añorado renacimiento del peligro turco, que se traduciría en el envío sucesivo de galeras a Creta y en el fortalecimiento del sistema defensivo de la isla de Malta⁷⁶.

La Guerra de Devolución (1667-1668)

La Guerra de Devolución fue recibida como un jarro de agua fría en la República⁷⁷. Las exigencias de Luis XIV, que invadía los Países Bajos como reclamación a la dote de su esposa, chocaban directamente con los intereses más inmediatos de los venecianos. Paralelamente, en ese momento, finalizar la guerra se convertía en una verdadera obsesión para el Gran Turco, quien ordenó una operación megalómana con el Gran Visir al frente con vistas a hacerse de una vez por todas con el reino de Candía⁷⁸.

Justamente, en 1667 el cardenal Rospigliosi era proclamado Papa bajo el nombre de Clemente IX. El nuevo cabeza de la Iglesia Católica se mostraría mucho más dispuesto que su antecesor a contribuir con la causa veneciana, siendo perfectamente sabedor de que para ello había que resolver previamente el conflicto existente entre las dos grandes potencias de la Cristiandad⁷⁹. Sin embargo, no fue la presión de Clemente IX la que hizo desistir al Rey Sol de sus aspiraciones sobre los Países Bajos. La formación de la Triple Alianza y el temor a una nueva guerra europea, para la cual Francia no estaba preparada ni económica ni militarmente, fueron los verdaderos

⁷⁶ Anne BROGINI, *Malte, frontière de chrétienté (1530-1670)*, Roma, École française de Roma, 2013, pp. 517-563.

⁷⁷ Como recoge Javier Revilla, la Guerra de Devolución ha sido un tema poco estudiado desde la historiografía española. Javier REVILLA CANORA, “El duque de San Germán, virrey de Navarra, y la Guerra de Devolución (1667-1668)”, en José MARTÍNEZ MILLÁN, Concepción CAMARERO BULLÓN y Marcelo LUZZI TRAFICANE (coords.), *La Corte de los Borbones: crisis del sistema cortesano*, vol. II, Madrid, Polifemo, 2013, pp. 1183-1198. Apenas podemos destacar al respecto las obras de Julián VIEJO YHARRASSARRY, *Grocio Católico. Orden europeo y monarquía católica durante la Guerra de Devolución, 1667-1668* (tesis doctoral inédita), Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1993 y Antonio J. RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, *España, Flandes y la Guerra de Devolución (1667-1668). Guerra, reclutamiento y movilización para el mantenimiento de los Países Bajos españoles*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2007. No obstante, los historiadores franceses sí se han introducido mucho más en la materia. Podemos citar las obras de Camille G. PICAVET, *La diplomatie française au temps de Louis XIV (1661-1715). Institutions, mœurs et coutumes*, París, Alcan, 1930 ; Louis ANDRE, *Luis XIV y Europa*, México, Uteha, 1957 ; Robert MANDROU, *Louis XIV en son temps, 1661-1715*, París, Presses Universitaires de France, 1978 ; François BLUCHE, *Louis XIV*, Fayard, 1986 ; André CORVISIER, *Histoire militaire de la France*, París, PUF, 1992 ; David J. STURDY, *Louis XIV*, Londres, Macmillan Press, 1998.

⁷⁸ Miguel Ángel de BUNES IBARRA, *El imperio otomano [...]*, op. cit., pp. 178-179.

⁷⁹ Guido CANDIANI, “Francia, Papato e Venezia [...]”, op. cit., pp. 835-836.

argumentos que permiten entender la rapidez de las negociaciones que llevaron al Tratado de Aquisgrán (2 de mayo de 1668)⁸⁰.

También en 1668 llegaría a su fin el otro gran conflicto que había tenido en vilo a la Monarquía Hispánica: la guerra en Portugal⁸¹. Una paz que la propia Reina Regente calificaría de indecorosa ante el embajador veneciano pero que, como ella misma añadía, era necesaria ante las necesidades de la Cristiandad y, particularmente, las de la República⁸².

Así las cosas, resulta evidente que en las grandes cortes europeas se conocía la situación desesperada de los venecianos. Por ello, los últimos años de la guerra fueron aquellos en los que Venecia recibió más apoyo tanto de la monarquía española como de la francesa. No obstante, su intervención fue bastante improductiva ante los problemas derivados de la falta de planificación de las campañas y la precedencia de las galeras⁸³.

En 1667 Francia había enviado 16 galeras y 6000 soldados para socorrer a la República. Por su parte, la Monarquía Hispana también inició gestiones para contribuir en la contienda en la campaña de ese mismo año. Así pues, tras muchos años de espera, fueron enviadas cuatro galeras napolitanas comandadas por Giannetto Doria y otras cuatro sicilianas. Estas, junto a las restantes fuerzas cristianas, conformaron una flota de 35 embarcaciones a la que habían contribuido también Venecia, el Papado y los Caballeros malteses. No obstante, el 20 de septiembre de 1667 las galeras maltesas, pontificias y españolas partieron rumbo a casa sin haber tenido lugar ningún enfrentamiento significativo contra la armada otomana⁸⁴.

Casi un año después, el 28 de julio de 1668 el embajador español mencionaba el poco tiempo que quedaba para que las galeras pasaran nuevamente al Mediterráneo⁸⁵. Al frente de la expedición quedó don Pedro de Toledo, duque de Fernandina, quien llegó a Corfú a comienzos del mes de septiembre. No obstante, a pesar de las aparentemente buenas intenciones españolas y francesas, los intentos por crear un frente común quedaron en saco roto y las flotas aliadas partieron de Corfú el 24 de septiembre tras no haber alcanzado acuerdo alguno y haber sido la asistencia a Venecia un completo fracaso.

Para la campaña de 1669 el monarca galo, ante las presiones del Pontífice, envió una flota formada por 6.000 soldados, 13 galeras, 3 galeazas y 4 fragatas. No obstante, esta expedición fue un nuevo fiasco, puesto que los franceses, con el duque de Navailles al frente, hicieron caso omiso de los venecianos y lanzaron un imprevisto ataque contra

⁸⁰ Pierre BLET, *Histoire de la Représentation Diplomatique du Saint Siècle, des origines à l'aube du XIX siècle*, Ciudad del Vaticano, Archivo Vaticano, 1982, p. 387-388

⁸¹ Al respecto consultar las obras de Rafael VALLADARES RAMÍREZ, *Felipe IV y la Restauración de Portugal*, Málaga, Algazara, 1994; *La rebelión de Portugal; guerra, poderes y conflicto en la Monarquía Hispánica*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1998; *Portugal y la Monarquía Hispánica, 1580-1668*, Madrid, Arco Libros, 2000.

⁸² ASVe, Dispacci, Spagna, filza 108, fol. 145, carta del embajador Cattarin Bellegno del 7 de marzo de 1668.

⁸³ ASVe, Dispacci, Napoli, filza 82, fol. 379, carta del residente veneciano en Nápoles, Paolo Sarotti, del 30 de marzo de 1669.

⁸⁴ Kenneth M. SETTON, *Vencie, Austria [...]*, op. cit., pp. 193-195.

⁸⁵ AGS, Estado, leg. 3562, fol. 183, carta del embajador Gaspar de Teves y Cardona, II marqués de la Fuente, del 28 de julio de 1668.

los turcos que culminó en una derrota mayúscula. Tras este revés, las tropas francesas regresaron a casa a finales de agosto, culpando a los venecianos de no haber colaborado en su misión⁸⁶.

¿Hacia la extinción del espíritu de cruzada?

La partida de las tropas aliadas de Candía en agosto de 1669 fue sin lugar a dudas un factor decisivo para que el general Morosini decidiese rendir la plaza el 6 de septiembre de 1669, tras más de veinte años de asedio. No había más opción, puesto que las esperanzas del Senado reposaban en que la concurrencia de los príncipes europeos disuadiera a los otomanos y favoreciese un acuerdo más ventajoso⁸⁷.

La actitud demostrada por las grandes potencias europeas a lo largo de la guerra ha llevado a Petitjean a considerarla un “anti-Lepanto”; puesto que, si esta batalla fue la construcción de un gran hito para la Cristiandad, la caída del reino de Candía fue todo lo contrario⁸⁸.

No obstante, una vez finalizado el análisis del marco político europeo que hemos llevado a cabo, consideramos que estos planteamientos tal vez pecan de ser un tanto simplistas. El marco internacional que, como afirma Andretta, resulta fundamental para auspiciar acciones estratégicas conjuntas, no podía ser menos favorable ante una Europa enfrentada y agotada, tal y como hemos defendido en este escrito⁸⁹. Por ello, pese a las innegables dificultades que se dieron para la conformación de la Santa Liga en 1571, el cariz que fue tomando la guerra a lo largo del siglo XVII hizo que el Rey Católico, quien había sido el gran valedor de la misma, se viese obligado a anteponer la gran cantidad de frentes abiertos en sus territorios a los de la República de San Marcos.

Así mismo, resulta preciso destacar que tras la Guerra de los Treinta Años imperó un nuevo paradigma donde la confesionalidad dejaba de ser la directriz de la política. Francia no dudaría en levantarse en armas contra sus correligionarios Habsburgo o en combatir junto a los protestantes en la defensa de intereses comunes. Consecuentemente, el ejemplo de Francisco I y Solimán el Magnífico abrió la puerta a una convivencia y colaboración con la Sublime Puerta frente a enemigos compartidos en un mundo católico que, en definitiva, no puede ser entendido como un bloque unitario.

Grosso modo, esto suponía la secularización de la política exterior y, por ende, de la diplomacia. Por esta razón, Lucien Bély define la negociación llevada a cabo en Münster y Osnabrück como el primer gran congreso para todas las potencias europeas, en cuyas negociaciones el Papado apenas tuvo voz⁹⁰.

Otro punto importante que debemos tener en cuenta es que la segunda mitad del siglo XVII atestigua, de forma definitiva, la entrada en escena del término interés en la

⁸⁶ Guido CANDIANI, “Francia, Papato e Venezia [...]”, op. cit., 865-872.

⁸⁷ John J. NORWICH, *Historia de Venecia [...]*, op. cit., p. 693.

⁸⁸ Johann PETITJEAN, *L’intelligence des choses [...]*, op. cit., p. 424.

⁸⁹ Stefano ANDRETTA, “Venezia e Roma [...]”, op. cit., pp. 415-416.

⁹⁰ Lucien BÉLY, *L’art de la paix en Europe. Naissance de la diplomatie moderne, XVI^e-XVIII^e siècle*, París, Presses Universitaires de France, 2007, pp. 223, 248.

política europea. Inicialmente, este vocablo en absoluto se limitaba a los aspectos materiales del bienestar humano, sino que se mostró como la preocupación por mejorar la calidad del arte de gobernar. Así, la aparición de los intereses políticos supuso una declaración de independencia respecto a los preceptos moralizadores y las reglas que habían constituido el pilar de la filosofía política previa a Maquiavelo. Abriendo la puerta, de este modo, a una voluntad racional, no dominada por las pasiones, que otorgaba a los príncipes una nueva guía a seguir⁹¹.

Por ende, tras la Guerra de los Treinta Años, la política exterior se concibió como la formación de las tácticas a seguir con el claro objetivo de la supervivencia, otro concepto clave que debemos tener en cuenta. Por ello, como señala Manuel Rivero, “una política de estado bien planteada debía ser capaz de determinar cuáles eran los propios intereses, establecer prioridades entre ellos y acometer las estrategias adecuadas para cubrirlos”⁹².

La progresiva quiebra de la unidad de los Habsburgo ejemplifica este cambio de mentalidad⁹³. Ante la falta de proyectos o ambiciones comunes, el Imperio dejó claro el fin de esta política dinástica en 1668, al negociar con Luis XIV el reparto de los territorios hispanos si Carlos II fallecía sin descendencia⁹⁴.

En lo tocante a la causa veneciana, la priorización de los intereses políticos chocó directamente con la extinción del espíritu de solidaridad que había caracterizado las relaciones de los príncipes europeos durante el siglo anterior. La Guerra de Candía, intento inútil de la República de San Marcos por la supervivencia de su *Stato da Mar*, es un claro ejemplo de ello⁹⁵.

Con todo, dejando al margen si los apoyos militares fueron más o menos significativos, la gran atención prestada para con este enfrentamiento turco-veneciano indica que la política expansionista otomana seguía entendiéndose como una amenaza, tanto para los Habsburgo como para los Borbones. Tal vez, cabe avanzar hacia la idea de que la nueva política exterior defendida tras Westfalia ya no concedía la precedencia necesaria al Papado para concluir una Santa Liga. Por esta razón, aunque el espíritu cristiano de unidad frente al turco se siguió evocando de palabra, en realidad había quedado atrás⁹⁶.

A ello contribuyó que el papel activo que la política mediterránea había tenido durante los siglos precedentes fuese progresivamente abandonado ante el auge del comercio en América y Oriente. Por otro lado, desde Madrid, París o Viena se comenzó a prestar mucha mayor atención a la frontera terrestre con el Imperio Otomano. Este

⁹¹ Albert O. HIRSCHMAN, *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos en favor del capitalismo previos a su triunfo*, Barcelona, Ediciones Península, 1999, pp. 55-56.

⁹² Manuel RIVERO RODRÍGUEZ, *Diplomacia y relaciones exteriores [...]*, op. cit., p. 141.

⁹³ Antonio J. RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, “Las limitaciones de la paz: Diplomacia y colaboración económico-militar entre España y el Imperio en torno a la paz de Westfalia (1644-1659)”, en José MARTÍNEZ MILLÁN, Rubén GONZÁLEZ CUERVA (coords.), *La Dinastía de los Austria. Las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*, Madrid, Polifemo, 2011, pp. 1384-1386.

⁹⁴ Miguel CONDE PAZOS, “Miguel I de Polonia y la reconstrucción de la política de colaboración dinástica de la Casa de Austria (1669-1673)”, *Tiempos Modernos*, 36, 2018, pp.335-337.

⁹⁵ Stefano ANDRETTA, “Venezia e Roma [...]”, op. cit., pp. 416, 422.

⁹⁶ Angelo TAMBORRA, *Gli stati italiani, l'Europa e il problema turco dopo Lepanto*, Florencia, Leo S. Olschki (ed.), 1961, pp. 8-9.

interés hemos podido verlo en la guerra austro-turca que tuvo lugar entre 1663 y 1664, comprobándose posteriormente durante el sitio de Viena en 1683.

Pero, si el bando católico abandonaba el Mediterráneo, también lo hizo paulatinamente el turco. Tras Lepanto, las fronteras húngara y safávida resultaban mucho más apremiantes para sus intereses inmediatos y, así mismo, debía hacer frente a los conflictos surgidos en el mar Rojo, la India o el Volga⁹⁷. Por ende, como ya hemos comentado, tampoco parece plausible seguir defendiendo los postulados que basan en la decadencia otomana su devenir histórico posterior.

Todos estos cambios que experimentó la política europea en el seiscientos, junto a la gran cantidad de frentes abiertos, deben ser tenidos en cuenta a la hora de replantearnos la idea de una crisis general en la segunda mitad de la centuria. La lectura canónica del marco europeo llevada a cabo en los años ochenta y noventa se va dejando atrás ante una gran cantidad de investigaciones – influidas por la historiografía revisionista británica – que parecen coincidir en la singularidad de cada caso⁹⁸.

Desde este enfoque, en el caso de la Monarquía Hispánica, la agresividad francesa obligó a llevar a cabo una política defensiva, más que de abandono o decadencia⁹⁹. La hasta hace poco indiscutible teoría de la crisis hispana parece entrar en retroceso frente a nuevos planteamientos que critican su exceso de presentismo. Un enfoque totalmente anacrónico que no permite atisbar el cambio profundo que experimentó el ordenamiento europeo durante la segunda mitad del siglo XVII¹⁰⁰.

No se trata de negar las derrotas sufridas. Más aun, ante la progresiva pérdida de la hegemonía, se toma consciencia de que la ideología político-religiosa que había justificado la construcción de la Monarquía Católica en la centuria anterior no era ya la del seiscientos, de ahí la necesidad de reconfigurarse para seguir existiendo. Precisamente, el término reconfiguración permite entender que esta no colapsó, sino que, como señala Rafael Valladares, siguió de otra manera. Siendo cómo lo hizo el interrogante al que debemos enfrentarnos a partir de ahora los historiadores¹⁰¹.

⁹⁷ Fernand BRAUDEL, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo* [...], op. cit., vol. II, p. 257.

⁹⁸ Manuel RIVERO RODRÍGUEZ, *La edad de oro de los virreyes. El virreinato en la Monarquía Hispánica durante los siglos XVI y XVII*, Madrid, Akal, 2011, pp. 223-224.

⁹⁹ Isabel YÉTANO LAGUNA, *Relaciones Entre España y Francia desde la Paz de los Pirineos (1659) hasta la Guerra de Devolución (1667). La embajada del marqués de La Fuente*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2009, p. 358

¹⁰⁰ Al respecto de este debate historiográfico consultar el profundo análisis acerca de la decadencia en la historiografía española desde el siglo XVII en José MARTÍNEZ MILLÁN, “El reinado de Felipe IV como decadencia de la Monarquía Hispana”, en *La Corte de Felipe IV (1621-1665). Reconfiguración de la Monarquía Católica*, Tomo I, vol. 1, Madrid, Polifemo, 2015, pp. 3-56. Al respecto de la decadencia de la Monarquía Hispana cabe consultar también las obras colectivas de Francisco José ARANDA PÉREZ, *La declinación de la Monarquía Hispana en el siglo XVII*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla la Mancha, 2004 y María del Carmen SAAVEDRA VÁZQUEZ, *La decadencia de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII. Viejas imágenes y nuevas aportaciones*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2016.

¹⁰¹ Rafael VALLADARES RAMÍREZ, “Mudar Monarquías. “Españoles” y “austriacos” tras 1640”, en José MARTÍNEZ MILLÁN, Félix LABRADOR ARROYO y Filipa M. VALIDO-VIEGAS (dirs.), *¿Decadencia o Reconfiguración? Las Monarquías de España y Portugal en el cambio de siglo (1640-1724)*, Madrid, Polifemo, 2017, pp. 639-640.

En lo tocante a Venecia, la Monarquía Hispánica y el Papado no podían abandonarla, puesto que estaba en juego su reputación y capacidad de liderazgo en el mundo católico¹⁰². No socorrer a la República de San Marcos en un enfrentamiento contra el enemigo natural de la Cristiandad podía interpretarse como un claro signo de debilidad. Sobre todo, si tenemos en cuenta el papel que ambos encarnaban como garantes del catolicismo: el Papa como líder de la Iglesia y el Rey Católico como Paladín de la Cristiandad.

Pese a ello, la situación interna de la monarquía de Felipe IV tras la Guerra de los Treinta Años no le permitía ninguna dispersión de sus fuerzas o recursos, de ahí la falta de apoyos considerables para con los venecianos. Lo mismo ocurría con el Papa, quien parecía centrar su atención en la lucha continental contra los protestantes¹⁰³. En definitiva, había que poner el foco sobre las causas propias, que eran las que verdaderamente podían poner en juego la reputación si no se obtenían triunfos sólidos¹⁰⁴.

Este ensayo ha pretendido reconstruir el discernir de la política europea en el contexto de la Guerra de Candía. Dar respuesta a muchos de los problemas que aquí hemos planteado constituye uno de los objetivos fundamentales de mi tesis doctoral acerca de las relaciones hispano-venecianas en el contexto de esta quinta guerra turco-veneciana. Por ello, el presente artículo constituye un significativo marco circunstancial a la hora de profundizar en un campo en el que todavía existe un gran vacío, ya que las relaciones entre la Monarquía Hispánica y la República de Venecia durante este periodo apenas han sido objeto de un par de estudios muy concretos¹⁰⁵. Trabajos que, desde nuestro punto de vista, no han tenido en cuenta la multilateralidad con que debe analizarse este momento histórico, debido al complejo marco europeo en el seiscientos que aquí hemos tratado de esbozar.

¹⁰² En el Diccionario de Autoridades (Tomo V, año 1735) se deja clara la vinculación de la reputación con el honor al definirla como la “estimación, fama, crédito, honor en que está alguno por su dignidad, prendas o acciones loables.

¹⁰³ Stefano ANDRETTA, *L'arte de la prudenza* [...], op. cit., p. 121.

¹⁰⁴ Ib Mark SCHUMACHER, “Felipe IV, su reputación y la política de la Monarquía Hispánica”, *Pedralbes*, 35, 2015, pp. 119-156.

¹⁰⁵ Se trata de la antigua obra de Carlo GRIMALDO, *Le trattative per una pacificazione fra la Spagna e i Turchi in relazione con gli interessi veneziani durante i primi anni della Guerra di Candia (1645-1651): Contributo alla storia delle relazioni ispano-venete durante la guerra di Candia*, Venecia, Deputazione, 1913 y diversas publicaciones de María del Pilar MESA CORONADO, “Sicilia en la estrategia defensiva del mediterráneo (1665-1676)”, en Porfirio SANZ CAMAÑES, *Tiempo de cambios: guerra, diplomacia y política internacional de la Monarquía Hispánica (1648-1700)*, Madrid, Actas, 2013, pp. 387-414; “La isla de Candía en la diplomacia Hispano-Veneciana (1665-1669)”, en *Investigaciones Históricas*, 34, 2014, pp. 81-105; *Sicilia en la defensa del mediterráneo en tiempos de Carlos III (1665-1675)* (Tesis doctoral), Ciudad Real, Universidad de Castilla la Mancha, 2014, pp. 67-117.